



PREGÓN DE SEMANA SANTA 2019

Pronunciado el día 16 de marzo, en la Casa de cultura "Miguel Hernández" de Albaterra por D.JOAQUÍN FRANCISCO PÉREZ GUILLÉN

Señor presidente de la Junta Mayor de Cofradías y Hermandades y demás miembros que la componen, cofrade de honor, caballero portaestandarte, Señora alcaldesa y demás autoridades municipales, señor Párroco D. Francisco, D. Juan, Presidentes y miembros de asociaciones locales, señoras y señores muy buenas noches.

Doy las gracias a José Domingo Zaplana, ilustre pregonero del pasado año, por su cariñosa presentación, Muchas gracias.

Mi agradecimiento a la Junta Mayor de cofradías y hermandades que me eligió este año para esta gratísima tarea. Con mucha alegría di el sí, sin pensar en la trascendencia y responsabilidad que requiere el encargo. Y la Providencia ha querido que sea este año, este año que se celebra el 70º Aniversario de la Cofradía de San Pedro Arrepentido, mi Cofradía a la que tengo tanto cariño y tan buenos recuerdos; quiero aprovechar esta posición de privilegio para hacer mención especial y dedicarle este Pregón a Pedro Pérez Berná quien trabajó incansablemente por la Semana Santa de su pueblo.

Pensando sólo en que este encargo, el de pregonar es una forma de agradecer todo lo que este pueblo nos ha dado durante tantos años, y en el que hemos vivido tantas alegrías, tantos buenos momentos y los que Dios nos tiene todavía preparados.

Después de la aceptación vino el vértigo, una especie de sensación de pánico al abordar un tema sobre el que ya han hablado desde esta tribuna, anteriormente a mí, tantos pregoneros que han dejado el listón muy alto, y sobre el que se han pronunciado, a lo largo de los tiempos, los más preclaros investigadores, artistas, escritores y poetas.

Quisiera hacer un agradecimiento especial a mi padre y a mi madre, porque a ellos debo mi primer recuerdo de la Semana Santa. Un domingo de ramos agarrado de la mano de mi padre y de mi madre, con la palma, y por supuesto aunque no recuerdo lo que llevaba puesto pero seguro que ese día había estrenado algo: zapatos, pantalones, camisa. Bien peinado y bien perfumado.

Y con este primer recuerdo quiero comenzar mi pregón, animando a la participación de toda



la familia (padre, madre e hijos) en la Semana Santa.

Porque es la familia, primera institución de cualquier sociedad, donde se empieza a descubrir el misterio Pascual –la Pasión, Muerte y Resurrección de Jesucristo-.

De la mano de mis padres he podido contemplar y quedarme admirado de cada paso, cada rincón, cada olor, cada trono de esta hermosa Semana Santa de Albaterra.

¿Cuántas veces hemos preguntado, señalando a este o aquel paso, a nuestra madre qué querían decir las imágenes que salían con tanta solemnidad de la plaza de la iglesia? Y con paciencia y tiempo nos plantamos en la adolescencia ya conociendo todo aquel repertorio de los momentos más duros de la vida de Jesús de Nazaret y de los santos que coronan nuestro pueblo.

Dejando las manos de mis padres me planté en la juventud, como cualquiera de los aquí presentes, y por ello recojo estas palabras del Papa Francisco:

Un joven alegre es difícil de manipular. Hacer callar a los jóvenes es una tentación que siempre ha existido. Hay muchas formas de silenciar y de volver invisible a los jóvenes. Muchas formas de anestesiarlos y adormecerlos para que no hagan ruido, para que no se pregunten y se cuestionen las cosas. Hay muchas formas de tranquilizarlos para que no se involucren y sus sueños pierdan vuelo y se vuelvan ensoñaciones rastreras, pequeñas y tristes. Los jóvenes tenemos la obligación de gritar, de no quedarnos callados, tenemos la obligación de si los mayores callan, gritar, si los dirigentes callan, gritar, si el mundo calla y pierde alegría, gritar. Y nos pregunta el Papa ¿Ustedes gritarán?

Somos los jóvenes los que tenemos que participar de la Semana Santa de una forma activa y no caer en la autocomplacencia de que otros harán las cosas por nosotros. Lo que no hagamos nosotros no lo hará nadie por nosotros. Los jóvenes tenemos que ilusionarnos con nuestra Semana Santa y para ello debemos involucrarnos, sentir la Semana Santa como algo propio.

Y al igual que los jóvenes, como bien me referí al inicio, las familias. Por que ¿qué sería de esta juventud que quiere gritar si no hubiera habido una infancia en la que los padres explicaran la Semana Santa a sus hijos al pie de cada estación?

Pregón: es una palabra que se refiere a una proclama en voz alta que se pronuncia públicamente para que la mayor cantidad de gente posible tome conocimiento de la información difundida.



¿Y qué queremos pregonar hoy aquí?

Dejemos que sea el Papa emérito Benedicto XVI quien nos lo diga: la Semana Santa, *"que para nosotros los cristianos es la semana más importante del año"*, y recordó a los católicos que estos días nos ofrecen *"la oportunidad de vivir en profundidad los eventos centrales de la Redención, de revivir el misterio pascual, el gran misterio de la fe"*.

El Santo Padre explicó que Jesús *"no quiso usar su ser Dios, su dignidad gloriosa y su potencia como instrumento de triunfo y signo de distancia entre nosotros"*. *"Por amor, quiso vaciarse de sí mismo" y hacerse nuestro hermano; por amor compartió nuestra condición, la de cada hombre y de cada mujer"*, indicó (BXVI, 2009).

Qué bonito es el himno que la Iglesia nos propone en la liturgia de las horas del Domingo de Ramos:

Himno: ¿QUIÉN ES ÉSTE QUE VIENE?

¿Quién es éste que viene,
recién atardecido,
cubierto por su sangre
como varón que pisa los racimos?
¿Quién es este que vuelve,
glorioso y malherido,
y, a precio de su muerte,
compra la paz y libra a los cautivos?
Se durmió con los muertos,
y reina entre los vivos;
no le venció la fosa,
porque el Señor sostuvo a su elegido.
Anunciad a los pueblos



qué habéis visto y oído;

aclamad al que viene

como la paz, bajo un clamor de olivos.

Aquí tenemos a quien da el verdadero sentido a la Semana Santa, el verdadero PROTAGONISTA con mayúsculas: Nuestro Señor Jesucristo.

¿Qué es la Semana Santa?

Detengámonos unas líneas en esta semana grande, la más grande para los cristianos.

“Esta semana, que tradicionalmente el pueblo cristiano llama santa, nos ofrece, una vez más, la ocasión de considerar —de revivir— los momentos en los que se consuma la vida de Jesús. No recorramos, sin embargo, demasiado de prisa ese camino; no dejemos caer en el olvido algo muy sencillo, que quizá, a veces, se nos escapa: no podremos participar de la Resurrección del Señor, si no nos unimos a su Pasión y a su Muerte. Para acompañar a Cristo en su gloria, al final de la Semana Santa, es necesario que penetremos antes en su holocausto, y que nos sintamos una sola cosa con El, muerto sobre el Calvario” (ECP, n. 95).

“Este umbral de la Semana Santa, me parece un tiempo particularmente apropiado para que consideremos por qué caminos nos ha salvado Jesús Señor Nuestro; para que contemplemos ese amor suyo —verdaderamente inefable— a unas pobres criaturas, formadas con barro de la tierra” (ADD, n. 110).

“La Semana Santa no puede reducirse a un mero recuerdo, ya que es la consideración del misterio de Jesucristo, que se prolonga en nuestras almas; el cristiano está obligado a ser otro Cristo, el mismo Cristo” (ECP, n. 96).

“Vivir la Semana Santa es entrar cada vez más en la lógica de Dios, en la lógica de la Cruz, que no es en primer lugar la del dolor y la muerte, sino la del amor y la de la entrega de sí mismo que da vida. Es entrar en la lógica del Evangelio”(Papa Francisco, 27 de marzo de 2013).

Éste es el principal objetivo de nuestro Pregón: que consideremos el verdadero sentido de estos días en familia y unión; y después de hacerlo, las palabras dejan paso a los hechos; y los hechos son nuestras procesiones.

¿Qué son las Cofradías, qué sentido tienen, para qué son las Procesiones?



Es importante responderse a estas preguntas para no dejar que se desvirtúe el verdadero sentido de ellas.

¿Cuál es el origen de las procesiones de Semana Santa?

El nacimiento de las Hermandades y Cofradías fue hace unos quinientos años. Fue por este deseo de vivir el dolor de Cristo por lo que comenzaron a salir a la calle a representar los padecimientos de Cristo durante la Pasión. Esto explica que las primeras imágenes fueran de Crucificados y de Dolorosas. Fue después cuando las procesiones adquirieron la dimensión didáctica, penitente, artística y mística que tienen hoy; no ya solamente a través de Crucificados sino también con otras imágenes.

Se ayuda así al pueblo cristiano a revivir esos santos acontecimientos, esa manifestación del amor de Dios por los hombres; y que ellos nos lleven a aumentar nuestro agradecimiento y nuestro amor a Dios. Para un cristiano, las procesiones tienen que ser verdaderos ratos de oración, de acompañar a Cristo, de renovar nuestros propósitos, de estar más cerca de él, de seguir sus huellas, de parecernos a Él: de mirar, sentir, amar... como lo hizo Él.

Vamos a meternos como un personaje más en el Evangelio, recorriendo el Triduo Pascual de la mano de nuestras cofradías.

Se acerca el momento en el que Jesús iba a ofrecer su vida por los hombres. Tan grande era su amor, que en su sabiduría infinita encontró el modo de irse y de quedarse, al mismo tiempo.

Esto nos recuerda el momento de la Santa Cena, la institución de la Sagrada Eucaristía, culmen de nuestra vida de fe.

Después de la Santa Cena, viendo a Judas huir, Jesús quiere que participemos en su oración en el huerto de los olivos. Porque orar con Cristo nos ayudará a superar limitaciones internas y externas porque se nos concederá la fuerza con el que Él perseveró también en Getsemaní para alcanzarnos la vida de Dios en nosotros.

La imagen del prendimiento nos recuerda no sólo el beso de Judas si también de que todos podemos comportarnos como Judas. Por nuestra parte no puede haber ni traiciones, ni alejamientos ni abandono. Otros pueden necesitar ayuda de nosotros de nuestro buen ejemplo, de nuestro aliento y de nuestra amistad. Más importante es ver esta actitud de nosotros dentro de nuestra propia familia. Necesitamos más unión y que todos vayamos a una.



Grande han sido los pecados de Judas y de San Pedro. Ambos traicionaron al Maestro. Uno le entregó a los enemigos, otro renegando de Él por tres veces. Sin embargo, qué distinta reacción tuvo cada uno. Pedro se arrepintió, lloró su pecado, pidió perdón y fue confirmado por Cristo en la fe y en el amor. Y con el tiempo llegaría a dar la vida por nuestro Señor.

Judas en cambio no confió en la misericordia de Cristo hasta el último momento tuvo abiertas las puertas del perdón de Dios, pero no quiso entrar por ellas a través de la penitencia.

¿Quiénes somos nosotros? ¿Judas o Pedro? En el seno de la familia, entre los amigos, con los compañeros, encontramos infinidad de momentos en los que debemos aprender a perdonar como Cristo perdonó, y al mismo tiempo deberíamos aprender a ser comprensivos con los demás, caritativos y disculpar.

Tras el beso del traidor se llevan a Cristo maniatado, abofeteado. Podemos pasear por las calles en estos momentos imaginando cómo sería la actitud de los apóstoles. Acompañemos a Cristo en sus andadas. Dejemos que el corazón se ablande. Miremos a Cristo a los ojos. Un Cristo que calla, no reprende, deja hacer a los soldados.

Estos soldados lo atarán. Y encontraremos a Cristo en la Columna sin rechistar. El Señor pide que hagamos algún gesto de perdón aunque sea pequeño, un gesto con la mano, una mirada acogedora, una sonrisa, un detalle hacia el otro. Cristo en su columna sufrió la flagelación para redimir y salvar a la humanidad. Y a nosotros desde esa columna nos pide esos pequeños detalles de cada día con los que tenemos a nuestro alrededor.

Se llevan a Jesús. Queda la columna. María y otras santas mujeres traen paños para recoger la santa sangre que ha sido derramada golpe tras golpe.

Llora. No puede dejar de llorar María que no entiende el odio de los que han entregado a su hijo al madero. Pero al mismo tiempo acepta con serenidad lo que Dios pide.

Todos nos hemos encontrado en esta situación: un dolor, un sufrimiento, que llevado con serenidad y aceptación junto a Cristo se convierte así en un dolor sin sufrir, porque es Cristo quien aguanta los azotes.

Nuestra Señora de la Esperanza es el mejor ejemplo que encontramos de ese dolor llevado por Cristo.

Está para pronunciarse la sentencia. Pilatos se burla *ecce res vester!* (Ioh, XIX, 14). Los pontífices responden enfurecidos: *¡No tenemos rey sino al César!* (Ioh, XIX, 15). Señor dónde



están tus amigos, dónde tus súbditos; te han dejado. Es una desbandada que dura veinte siglos... Huimos todos de la Cruz, de tu Santa Cruz.

Sangre, congoja, soledad y una insaciable hambre de almas son el cortejo de tu realeza.

Ecce homo! (Ion, XIX, 5). El corazón se estremece al contemplar la Santísima Humanidad del Señor hecha una llaga.

Mira a Jesús. Cada desgarrón es un reproche; cada azote, un motivo de dolor por tus ofensas y las mías.

Nuestro Padre Jesús Nazareno camina por las calles pegado a la Cruz. Una Cruz que pesa. Junto a este, el Cristo de la Salud. Ambos nos mandan a todos un recuerdo: ser otros Cirineos que ayuden al Santo a portar la Cruz.

Recorreremos las calles de nuestro pueblo mirando a los ojos a aquel Cristo que necesita un gesto, una palabra de consuelo.

¿Quién tenemos junto a nosotros que al igual que Cristo necesita esa palabra amable, esa mirada de cariño? Seguro que no hace falta irse muy lejos para encontrar a Cristo entre los nuestros.

La Verónica es el mejor ejemplo de llevar aquel paño que limpie los rostros de los que más nos necesitan.

La Faz de Cristo queda grabada en el velo. Verónica, sin embargo no se percata de ello porque sólo mira el rostro del Amado.

Aquella atención que muestra la mujer puede quedarse en una mera anécdota. He aquí que todo gesto de acto bueno hacia el prójimo aumenta en quien lo realiza la semejanza con el Redentor del mundo. Los actos de amor no pasan, cualquier gesto de bondad, de comprensión y de servicio dejan en cualquier corazón del hombre una señal indeleble que lo asemeja a aquel que se despojó de sí mismo tomando condición de siervo.

Tras limpiarse el rostro y enseñarnos que el amor a los demás se concreta con hechos, la Cruz hace tambalear su cuerpo y cae por tierra.

La Caída puede representarnos a cada uno el momento en el que las dificultades más se asoman a nuestra vida. Podemos quedarnos en el suelo, tirados. O podemos acudir como Nuestra Señora de la Amargura para recoger las manos de Jesús y ayudarlo a levantarse.



San Juan es en aquella escena como tú y yo. Miramos a María, vemos a Cristo.

Aquel joven es un personaje más de la escena que nos sitúa especialmente a los jóvenes en el lugar que nos corresponde. Observar a nuestros mayores. Aprender de los ancianos que el paso del tiempo con sus batallas, caídas y levantadas es sin embargo el reflejo de la felicidad. Porque quien algo quiere, algo le cuesta.

Seguimos los pasos camino del Calvario. Seguimos en nuestras andadas recorriendo junto a nuestras imágenes esta Semana que tanto bien nos hace.

Y llegamos a la cumbre. Allí ante un tumulto poco común observamos la rareza del momento. Tres cruces. Tres crucificados. Pero sólo uno nos llama la atención.

Ponemos nuestros ojos en Cristo. Un Cristo que en su Agonía nos muestra a través de su rostro que quien desea servir verdaderamente a la Iglesia debe clavar sus ojos en Él y seguir de cerca sus caminos de la tierra con fidelidad total, incluso cuando los demás huyen ante la aparente victoria del mal.

La mujer está convocada a contribuir a la misión de la Iglesia con su inteligencia, su sensibilidad y fortaleza, su piedad su celo apostólico y su afán de servicio, su capacidad de iniciativa y su generosidad. La humanidad necesita mujeres y hombres así: capaces de acudir sin cansancio a la misericordia divina, leales al pie de la Cruz.

Al son de la trompeta y los tambores que nos marcan el ritmo de la Consumación, Cristo muerto en la Cruz por nosotros se ofrece al Padre para salvarnos del pecado.

Los ojos de Nuestro Señor cerrados ya no miran a María que le sigue muy de cerca. Nuestra Madre no quiere marcharse, no quiere apartarse de los pies de su hijo.

El Cristo de la Buena Muerte nos invita a situarnos con absoluta sinceridad ante nuestro quehacer ordinario, a tomar en serio la fe que profesamos. La Semana Santa, por tanto no puede ser un paréntesis sagrado en el contexto de un vivir movido sólo por intereses humanos: ha de ser una ocasión de ahondar en la hondura del Amor de Dios, para poder así, con la palabra y con las obras mostrarlo a los hombres.

“Se han cumplido las palabras de Simeon. Una espada traspasará tu alma”.

María recoge a Cristo en su regazo como hizo en Nazaret. La alegría del nacimiento choca con la angustia de Nuestra Señora a la que ya no le quedan lágrimas.



Juan y las santas mujeres arropan a María que en su Soledad sigue a su hijo que ha sido entregado para que lo entierren.

Acompañemos a la Madre que no puede contener su amargura. En ocasiones podemos encontrarnos muy arropados por la Señora del dulce nombre cuando hemos sufrido un revés que no esperábamos. Acudamos a Nuestra Señora de la Soledad en esos momentos de vacío. Así encontraremos la luz y el calor que arroja una madre a sus hijos cuando más lo necesitan.

“Lo envolvió en la sábana y lo puso en un sepulcro, excavado en una roca, y rodó una piedra a la entrada del sepulcro.

María Magdalena y María, la madre de José, observaban dónde lo ponían”.

Una sábana blanca cubre el cuerpo que ya no bombea sangre. Agua ha salido de su costado. Lo ha entregado todo. La piedra sella una vida de entrega, de renuncia, de servicio.

¿Qué es la vida? ¿Para qué estamos? ¿A dónde vamos?

Son estas las preguntas fundamentales que el hombre se hace llegados a este momento. El silencio rasga los corazones de aquellos que gritaron aclamándolo en su entrada triunfante a Jerusalén.

La piedra que selle nuestros corazones puede estar en los rencores, las envidias, las calumnias o críticas. Dejad una ventana abierta por donde pueda entrar la luz.

Luz que vislumbramos a primeras horas del amanecer del domingo en que Cristo viene Resucitado.

¡Ha resucitado! Clama la Magdalena. Vuelve corriendo a contarlo a los apóstoles.

San Pedro que estaba encerrado sin querer hablar con nadie salta ante aquel anuncio. Junto a San Juan salen al sepulcro.

La piedra está movida. No hay nadie dentro del sepulcro. No saben qué hacer. ¿Lo habrán robado? ¿A quién acudimos? ¿qué hacemos? Se preguntan.

María sale a su encuentro. Nuestra Señora del Carmen ofrece a los apóstoles la respuesta a sus preguntas.



Aquella que poco tiempo antes había llorado de amargura se muestra tranquila y el inicio de una sonrisa comienza a dibujarse en su rostro.

La alegría que nos invade en la noche de la Pascua llega a su culmen con las primeras luces del alba. Cristo ha resucitado y nos ofrece una mirada nueva al mundo.

“Venid a ver un hombre que me ha dicho todo lo que he hecho. ¿No será el Cristo?”.

La Samaritana se adelantó en el anuncio de la Buena Nueva. Igual que ella saltó de gozo ante las palabras de Cristo, nosotros saltamos anunciando la buena nueva: ¡Hemos encontrado la fuente de agua viva que salta hasta la vida eterna!

Hemos recorrido este camino juntos. Hemos gozado, llorado, sufrido y triunfado pisando por donde pisó Nuestro Señor. Ahora las palabras deben dejar paso a los hechos.

Y así termino este pregón: reiterando mi agradecimiento a la Junta Mayor de cofradías y hermandades de Albaterra por haberme confiado esta gratísima tarea. Y los animo a continuar con este maravilloso trabajo, altruista y desinteresado, para que el pueblo de Albaterra y quienes nos quieran acompañar, reviva estos santos acontecimientos, esa manifestación del amor de Dios por los hombres; y que ellos nos lleven a aumentar nuestro agradecimiento y nuestro amor a Dios.

Muchas gracias.